

salvador toscano: federico cantú

...procede de una escuela, la Pintura al Aire Libre. El revolucionario método que Ramos Martínez —otro neoleonés— implantara durante la gestión educativa de José Vasconcelos. Las escuelas al aire libre, como la de Coyoacán, en la que Cantú ingresara en 1922, eran por entonces el refugio de la pintura rebelde a los cánones de la Academia; eran la consecuencia, largamente madurada, de un espíritu de renovación contra la verdad eterna e inmovible del academismo; pero eran, también, el primer ensayo para conseguir en las formas plásticas una escuela genuinamente mexicana.

Cantú, sin embargo, muy pronto hubo de abandonar México, empujado por el natural afán de conocimiento, la fáustica movilidad del espíritu, que lo llevarán a Francia y a España primero, a los Estados Unidos después y, finalmente, en segundo y definitivo retorno, a Francia. Diez años (1924 a 1934) en los que pudo embeberse en el codiciado mundo de la novedad extranjera y en la necesaria técnica y oficio europeos.

Sin embargo, radicado finalmente en México en 1934, vuelto como el hijo pródigo, con la sobria madurez necesaria, inició con su arraigamiento en el suelo patrio, su extraña pero sincera vuelta al catolicismo. Para entonces

(1937) su matrimonio con Gloria Calero —uno de los temas básicos del retrato del artista— sellaba la última de las contiendas de su vida.

Por eso se puede afirmar que Cantú es una excepción, una isla, dentro del movimiento plástico contemporáneo. Hasta en su nota religiosa constituye un caso excepcional, pero su sincera afirmación desde luego está más cerca de la religiosidad revolucionaria, de la mística socialista, digamos, de un Siqueiros, que de las frivolidades de muchos pintores contemporáneos de México.

Hace algún tiempo, Federico Cantú me decía: "Hay quienes pintan con la muñeca, con los dedos, pero la buena pintura es la que mueve el pincel con el brazo todo." Resumía así en breves y lapidarias palabras su estética, su ideal heroico. No la miniatura, no la herencia pintoresca de Flandes, la que con singular belleza es palpable en Antonio Ruiz, sino la pintura de dimensiones heroicas, la de Clemente Orozco por ejemplo. Por eso Federico Cantú gusta de las pinceladas a grandes rasgos, de los contrastes violentos de color, de las tinturas quemantes... Pero, por desgracia, la vida no ha brindado a Cantú la oportunidad necesaria para desenvolver esta pintura "con el brazo todo", es decir, la

pintura mural: sus dos únicos frescos, en efecto, el del Papillón —en su época picassiana— y los de la Parroquia de San Miguel Allende en su periodo religioso, desaparecieron al remozarse las paredes de los edificios, perdiéndose, así los únicos testimonios de su pintura heroica.

Pero para juzgar de la obra de Federico Cantú allí están sus óleos de caballete. Porque Cantú posee los elementos básicos de la buena pintura: desde luego el lenguaje, es decir, el oficio excepcional que su dibujo y color muestran; pero, además, otro elemento de toda producción grande, un elemento que sólo pudo surgir en sus sueños de plenitud: su entusiasmo. Porque sólo quien pinta con sangre tocará los lindes de lo permanente, de lo que no acaba, de lo que es eterno. Y quizá ahora más que en ningún momento de su vida, encontramos el entusiasmo y la sinceridad en el artista, lo encontramos hasta en su amargura inconfesada, hasta en su resentimiento. Porque sin duda sólo quien pinta con sangre, pintará como se pintó ayer, como se pintará siempre.

[A propósito de la exposición retrospectiva de Federico Cantú, copiamos este ensayo de Toscano, publicado en la monografía dedicada al pintor. México, 1948.]

